

# Los fantasmas del Kosmopolita

Magdi Kelisek

Ilustraciones de Rodrigo Folgueira

# Hora de Lectura

**Coordinadora de literatura:** Karina Echevarría

**Corrector:** Mariano Sanz

**Coordinadora de Arte:** Natalia Otranto

**Diseñadora:** Ana G. Sánchez

**Ilustraciones de reloj:** Pablo Gamba

**Ilustraciones de tapa e interior:** Rodrigo Folgueira

Agradecemos las fotos de la *focaccia* a la cocinera Julia González.

Kelisek, Magdi

Los fantasmas del Kosmopolita / Magdi Kelisek ; Ilustrado por Rodrigo Folgueira. - 1a ed - Boulogne : Cántaro, 2024.

176 p. : il. ; 14 x 20 cm. - (Hora de Lectura / 56)

ISBN 978-950-753-674-8

I. Literatura. I. Folgueira, Rodrigo, ilustr. II. Título.  
CDD A860.9283

© Editorial Estrada S. A., 2024

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: [www.puertodepalos.com.ar](http://www.puertodepalos.com.ar)

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-674-8

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Primera edición.

Esta obra se terminó de imprimir en xxxxx en



## Libros para leer en buena hora

¡Qué placer, leer!

¡Qué placer, leer un libro interesante, ocurrente, emocionante!

¡Qué placer serio, ir pasando las páginas de un cuento de misterio!

¡Qué diversión, descubrir cómo bailan las palabras de una adivinanza y dejar que vengan los chisporroteos de los trabalenguas!

**Hora de Lectura** es una colección para leer en buena hora.

Para que disfrutes de autores argentinos contemporáneos y descubras el universo literario.

Para que salgan los libros de los rincones polvorientos y olvidados, y se vuelvan protagonistas de un placer compartido.

Los libros de la colección **Hora de Lectura** están estructurados en jugosas secciones que posibilitan un mejor acceso a la literatura.

**La obra** presenta textos de diferentes y variados géneros, que conforman el multifacético rostro de la literatura para los chicos de hoy. Las ilustraciones colaboran con la construcción del sentido de los textos y refuerzan el valor estético de la palabra.

En **Apunten... ¡juego!**, encontramos consignas de comprensión, producción y narración oral que nos permiten generar un espacio de placer compartido en el aula, y hacer de la lectura y de la escritura actividades comunitarias.

En la sección **Aquí me pongo a contar**, los autores hablan acerca de su vida y de su trabajo, en respuesta a una entrevista que muestra los entretelones y la cocina del oficio de escribir.

En **Las mil y una hojas**, te brindamos datos curiosos vinculados con los textos. Para que abras así algunas de las tantas puertas al mundo que la literatura ofrece.

¡Sean todos bienvenidos a esta propuesta para disfrutar de la buena literatura en una profunda y creativa **Hora de Lectura!**

# **Los fantasmas del Kosmopolita**

**Magdi Kelisek**

*A Demián y Micaela  
que leían en voz alta libros de magia  
mientras el café y el chocolate  
endulzaban esas rondas de la tarde.*

*A mi madre  
que lleva prendida una rosa de fuego.*

—Buenas noches, camaradas. Qué alegría volver a vernos.

La cocinera les hizo una reverencia y se sentó a la cabecera de una larga mesa.

Los nueve fantasmas estaban reunidos en la cocina del Kosmopolita. Se cumplían cien años desde que el restorán había cerrado sus puertas, y a partir de ese momento se encontraba abandonado.

El Kosmopolita había sido construido por el señor Buonatesta, un hombre de mediana fortuna, que había llegado a estas tierras cruzando el mar. Toda la vida le había entusiasmado viajar y en cada sitio se sentía como en casa. Tanto era así, que había aprendido el esperanto, el idioma universal, ilusionado de poder hablar hasta con las piedras. A medida que viajaba y conocía nuevos lugares, crecía la admiración de Buonatesta hacia los diferentes paisajes, aromas y sabores del mundo. Hasta que un día dijo *javanti!* y se decidió.

Invirtió sus ahorros y con mucho esfuerzo logró hacer realidad un sueño: servir la mejor gastronomía internacional con la máxima hospitalidad. El Kosmopolita conservó su esplendor durante largas temporadas, pero lamentablemente, la muerte sorprendió a Buonatesta siendo joven todavía. Y los únicos herederos —sobrinos y sobrinonietos— mantuvieron cerrado el restorán, ocupados en pelearse entre ellos por rivalidades, engaños y chanchullos.

Pasaron los años. Las enredaderas fueron abrazando el edificio como si intentaran calmar su pena. En esos tiempos, más de un vecino se había animado, temblándole las piernas, a apoyar el oído contra alguno de los muros. Decían que se escuchaban, bajito, las voces y risas de antiguos comensales, el entrechocar de las copas y la vajilla, la música de los salones. Aseguraban también haber visto resplandores, siluetas en las ventanas, sombras que se deslizaban en la terraza.

Y parece que esta vez, los rumores de los vecinos se acercaban a la verdad...

Durante las últimas décadas, a mitad de la primavera, cuando la lluvia de estrellas encendía de augurios la noche, los ocho mozos y la cocinera se reunían allí para pedir un deseo y recordar viejas épocas.

—Camaradas, esta noche me siento especialmente nostálgica —dijo la cocinera suspirando—. Les confieso que me aparecí antes de hora y fui a buscar nuestras fotos al subsuelo. ¡Miren! ¡Qué jóvenes estábamos!

—Y claro, cómo no le van a dar tristeza esas fotos si están en sepia, ¡todo el mismo tono! ¿Vio que ahora son en color? Y encima, en esas pantallitas nuevas, se ven bien nítidos los detalles —le dijo un mozo a su lado.

—Ah, bueno, mi querido, será muy moderna la modernidad de ahora, pero de esa forma se notan más las arrugas ¿eh?

—¿Qué arrugas? Mire esta tersura —exclamó otro mozo más lejos y se estiró la mejilla como un chicle—. Eso sí, le acepto que conservamos todavía algunas canas. ¿Se dieron cuenta? Hoy estamos igual al mismísimo día en que cerramos. Después... ¡ay, después...!, terminamos en esas tabernas de mala muerte y perdimos la alegría de vivir.

La cocinera se contuvo de hacer pucheros. Se resregó los ojos, dio tres palmadas al aire y dijo en tono solemne:

—Atención, comenzaremos con la efeméride...



En vida, los mozos habían llegado de distintos países buscando buena fortuna. La cocinera, en cambio, venía de una ciudad cercana y había aprendido el oficio en una pensión de inmigrantes. Finalmente el destino los había unido en el Kosmopolita, restorán que ofrecía platos típicos del mundo, elaborados con ingenio, servidos con abundancia, y que hacía honor a un antiguo proverbio escrito en la entrada: “Barriga llena, corazón sin pena”.

El lugar, hoy en ruinas, había sido un bonito edificio *art déco* de dos plantas y subsuelo. La decoración se veía aún sencilla y elegante, combinaba formas geométricas en ébano y bronce formando exquisitas guardas. Los vitrales, actualmente en pedazos y cubiertos de polvo, mostraban aldeanos en tareas de campo, o pescando sobre coloridas barcas. En la planta baja se hallaba la cocina y el salón comedor, y desde allí se subía a la planta alta por una escalera de mármol hasta el salón de fiestas. El subsuelo se había destinado a bodega, frigorífico y depósito de alimentos.

Así como la levadura crece el pan, la cocinera y los mozos habían crecido su amistad al calor de la cocina. Allí habían reído, habían peleado, habían festejado

cada cumpleaños. Alrededor de esa larga mesa solían cenar juntos, luego de marcharse el último cliente.

Ahora, reunidos otra vez en la cocina, los fantasmas se morían de tristeza cuando veían entre la chararra sus bandejas de bronce, los frascos de malta, canela, jengibre, y las estanterías donde guardaban la vajilla o acomodaban filas y filas de postres exquisitos. Sentían que los muros se quejaban, igual que brujas sin dientes, con sus azulejos rotos y sus bocas redondas, en las que se oxidaban los hornos.

Antes de sentarse a la mesa, ellos vagaban por los salones. Recordaban que en otra época se llenaban de gente y se divertían contando los malentendidos con la comida, las peleas entre los famosos que “empinaban el codo”, las cacerías de cucarachas... Sin embargo, de pronto se oscurecían. Y deslizaban sus dedos de niebla por las cortinas rasgadas, las pilas de mesas y sillas... ¡tin, tin!, los caireles de las arañas. Entonces, para volver a encenderse, corrían hasta la terraza. Allí contemplaban la lluvia de estrellas y pedían juntos su deseo.

Así había sido, año tras año, durante las últimas décadas, desde que los nueve habían abandonado la vida.

Pero en esa noche de ilusiones, el enjambre de estrellas era más grande y la estela que dibujaban, más resplandeciente.

—Camaradas. En esta ocasión tan especial, en la que se cumplen cien años del cierre de nuestra querida casa, me complace anunciarles que celebraremos el encuentro con un nuevo pasatiempo, una especie de juego —dijo la cocinera, y le chisporroteó la mirada.

Se enderezó en la silla y continuó con aires de importancia.

—Sépanlo. En este corazón de “repostera” palpita también una inquieta “reportera” —dijo poniéndose una mano sobre el pecho—. Por lo tanto, mis queridos, haciendo honor al espíritu Kosmopolita que nos ha unido en cuerpo y alma, les propongo lo siguiente. Primero: que durante esta noche, cada uno de ustedes cuente un cuento del país donde ha nacido. Segundo: que el orador diga la fuente, o sea quién se lo ha contado. Tercero: que cumpla con un importante desafío: el cuento debe incluir una receta. ¡He dicho!

Levantó los brazos mostrando un cuaderno de tapas negras.

—¡Atención! ¡Tatán tatán! ¡Encontré mi *Libreta Secreta de Recetas Completas*! Estaba ahí nomás en el subsuelo. Ahhh... no se imaginan... —y la agitó en el aire—. ¡Le puse una sección nueva: “*Crónicas gastronómicas*”!

Los mozos miraron a la cocinera y luego se miraron entre sí haciendo gestos con los ojos y aguantando la risa.

—Como podrán ver, camaradas... ¡estoy llena de entusiasmo! —siguió ella sin hacerles caso—. Muero por tomar nota de esas recetas y agregarles algunos datitos curiosos. ¡Vamos a escribir un libro de cocina internacional! ¿Qué les parece?

Las risotadas de los mozos estallaron en la cocina y los ratones que pasaban se escondieron detrás de unas ollas.

—¡Ah, qué buena idea! ¡No hay nada más útil que un libro de cocina para alimentar el espíritu! —exclamó el mozo 7.

—¡Tengo un epígrafe para el primer capítulo!: *Quien quiera morir sano, que coma poco y cene temprano* —propuso el mozo 4.

—¡Qué aburrido! ¡Qué aburrido! —gritaban los mozos y golpeaban la mesa.

—¿Puedo hacer las ilustraciones? ¡Me encanta la naturaleza muerta! —dijo el mozo 1 guiñando el ojo a sus compañeros.

—Una consulta, querida, ¿va a poner nuestras biografías o nuestras necrologías? Es que salgo un poco bochoso en las fotos —dijo el mozo 2 y le saltó la cabeza.

Empezaron a chiflar.

—¿Usted cree que lo podrá editar la editorial De Canterville? Habría que hablar con el fantasma de Oscar Wilde —propuso el mozo 3.

El 8 hipaba de risa y le cambiaba el color como a las luces de Navidad.

—Un chiste muy erudito, el suyo.

—¡Erudito no! —gritaban los mozos—. ¡Eructito! ¡Eructito! —y golpeaban la mesa.

La cocinera, más pálida, frunció los labios. Dio un resoplido y amagó levantarse.

El mozo 5 la detuvo...

—¡Venga, corazón! ¡No se me enoje! Arranquemos nomás, contemos cuentos y recetas que tenemos toda la eternidad para divertirnos.

Refunfuñando, la cocinera volvió a sentarse. El mozo 4, que estaba a su lado, le palmeó la espalda y le alcanzó la *Libreta Secreta de Recetas Completas*.

—Aquí tiene, mi querida, anote. Empiezo yo.

—Disculpe camarada —interrumpió el mozo 1—.  
¿Vamos por número para ser más ordenados? Así nos  
dividíamos en el salón, ¿se acuerda? Si le parece bien,  
empiezo yo.

—Como guste. Dele nomás...